

CARTA LINGÜÍSTICA.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Eibar 22 de Octubre de 1885.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: Ateniéndonos á las análisis practicadas sobre la declinacion euskara, hemos podido afirmar en su lugar oportuno y con la seguridad que puede alcanzarse en este género de investigaciones, que el nombre de Dios ha sido la palabra primera que ha salido de los labios del pueblo euskaro, como ha sido tambien la que ha vivificado á todas las demás de nuestra propia lengua.

Ahora bien; en vista de este resultado, tan sorprendente como inesperado, no hemos podido ménos de preguntarnos, si en la vivificacion de su palabra pudo el hombre seguir derroteros distintos á aquellos que nos marca nuestra lengua, ó si por el contrario, en todas las lenguas no han sucedido las cosas de la misma manera que en el basco, en cuyo caso habríamos resuelto el importante problema de los orígenes del lenguaje, considerado por los filólogos como superior á las facultades del hombre.

Trasladada, pues, la cuestion á este terreno, y consultado al efecto nuestro raciocinio, debemos confesar que nos hemos sorprendido al saber que, en efecto, el nombre de Dios, ó sea la afirmacion de su existencia hecha por la palabra del hombre, ha sido á las lenguas lo

que la noción de Dios ó afirmación de su existencia, hecha por la razón del mismo, ha sido para su religión; esto es, su principio vivificante y su punto de partida. Así pues, debemos á nuestro bascuence el saber que las lenguas no hubieran podido nacer á la vida, si el hombre, por un privilegio exclusivo, tan solo concedido á su persona, no hubiera poseído el conocimiento de Dios, que ha sido, en efecto, el misterioso principio que ha animado y vivificado para él la creación, como ha animado y vivificado sus lenguas y su religión.

Tal ha sido el resultado conseguido con la citada pregunta; y podrán los lectores juzgar, si esta conclusión es tan conforme con la razón como con nuestra análisis; entre tanto, pasáremos nosotros á exponer los fundamentos en que descansa.

Si nosotros borramos de la mente del hombre la noción de Dios que vivifica su inteligencia, toda religión desaparecerá de su alma, y la creación no existirá para él, como no existe tampoco para el bruto; mas entónces, el nombre de Dios quedará también suprimido en las lenguas, como ha quedado suprimida su noción en el pensamiento del hombre; y privado éste de todo conocimiento de Dios y de la creación, quedará incapacitado de concebir una sola idea, porque ésta tiene su entidad, su realidad y su existencia, lo mismo que la cosa de que es imagen, dentro de aquella creación que sería desconocida para el hombre.

Ahora bien; si quitamos á la palabra la idea que la vivifica, ¿á qué quedará reducida? á un sonido inarticulado, semejante al grito de los animales, y el cual sería á la palabra hablada lo que son los organismos muertos á los seres que han dejado de existir. Si quitamos al hombre la noción de Dios que vivifica su inteligencia, ¿á qué quedará reducido el hombre? á un ser fisiológico, admirablemente dotado para percibir toda clase de sensaciones y para expresarlas por medio de los diversos acentos que Dios ha depositado en su pecho, pero incapaz absolutamente de abrigar un solo pensamiento, ni de concebir una sola idea. Así pues, habrémos matado en el hombre el alma racional y el ser psicológico, para convertirlo en un animal, el primero, sin duda, de la escala zoológica, pero semejante en todo á los demás sus compañeros, y privado, como ellos, de toda religión, de toda palabra y de toda idea de Dios. Luego, según esto, media entre las religiones y las lenguas una misteriosa y no bien conocida solidaridad, nacida de que, así las unas como las otras, se nutren y

alimentan de la idea de Dios, y este hecho, que no ha sido apreciado hasta ahora en su justo valor, explica aquella unidad, también misteriosa, que forman en el bascuence la palabra divina, vivificadora de la naturaleza creada, y la palabra humana, vivificadora de las lenguas, confundidas ambas, como vimos en el anterior comunicado, bajo la común denominación de *i*, signo de Dios en nuestra nativa lengua, pero el nombre también de la *palabra*. Por haber desconocido estas verdades, han incurrido los filólogos en errores, como el que registramos en uno de sus más ilustres representantes, Witney, el cual en su obra, la vida del lenguaje, y hablando de sus orígenes, dice textualmente lo que sigue: «El lenguaje comenzó el día en que el hombre profirió uno de sus gritos naturales, la exclamación, por ejemplo, que el dolor arranca de su pecho no instintivamente, sino intencionadamente, y para significar *yo sufro, yo he sufrido ó yo sufriré*, y cuando al expresarse así fué comprendido por su compañero, entónces nació la palabra humana.»

Ahora bien; prescindamos por un momento de la omisión en que incurre el sábio profesor, al dejar de explicarnos, por qué virtualidad la interjección del dolor, expresivo de una sensación, y acto puramente fisiológico, se transformó en el nombre del mismo, expresivo de una idea, y por consiguiente, acto psicológico, y pasemos á analizar las expresiones que nos cita como ejemplo.

¿Quién no advierte que antes que dijera el hombre *yo sufro*, había dicho *yo soy*, afirmando de este modo su propia personalidad, cual no había podido hacerlo antes de él ninguna otra criatura? y ¿quién no advierte que al decir el hombre *yo soy*, añadió *y no soy por mi voluntad, sino por la voluntad de un poder superior de quien depende mi existencia*, afirmando de este modo la personalidad de Dios? y últimamente ¿quién no advierte que antes que dijera *el dolor es conmigo*, separando la sensación del dolor del nombre del mismo, dió á esta cualidad una existencia dentro de la creación, reconociendo de este modo la existencia del Creador?

Luego el conocimiento de Dios por el hombre ha sido anterior á la palabra primera que ha podido imaginarse el reputado lingüista; y como esta misma análisis es aplicable á cualquiera otra, resulta que la noción de Dios, y por consiguiente su nombre, ha sido anterior á toda otra voz, como ha sido la palabra primera que ha salido de los labios humanos, tal cual se desprende de las enseñanzas de nuestra nativa lengua y de nuestras análisis.

Concluamos con una última reflexion, que sirva como de epilogo á los anteriores razonamientos.

La filología compara con razon las lenguas y sus voces á otros tantos organismos, y como estos tienen sus orígenes en el cielo, y su principio en Dios, por más que haya nacido en el seno de la naturaleza para vivir sujetos á las leyes de su Criador, resulta que para que sea admisible y verdadero aquel paralelo, es preciso que las lenguas á su vez tengan sus orígenes en el cielo y su principio en Dios, por más que sean nacidas en la mente del hombre para vivir sujetas á las leyes de su inteligencia.

Luego, segun esto, las lenguas son la obra del hombre, y el producto de su actividad, como los seres vivos son la obra de la naturaleza y el producto de su actividad, y como el hijo es la obra de su padre y las generaciones presentes son la obra de las generaciones pasadas.

Mas Dios ha sido el generador de aquel primer viviente en quien se contenia virtualmente la humanidad entera, y Dios, asimismo ha tenido que ser el generador de aquel primer organismo de la lengua, ó lo que es lo mismo, de aquella primera palabra en la cual se contenian virtualmente, cuantas el hombre podrá crear en la sucesion de los siglos; de lo contrario, el paralelo establecido será una mentira. Y esta primera palabra, que es á las lenguas lo que el primer viviente á la naturaleza creada, ha sido y ha tenido que ser necesariamente el nombre de Dios, ó sea, la afirmacion que ha hecho el hombre de su existencia, requisito sin el cual la creacion no existiria para él, como no existirian tampoco sus religiones y sus lenguas.

Luego Dios ha sido el vivificador de la naturaleza creada y su nombre el vivificador de las lenguas.

En el siguiente comunicado comenzaremos á hacer algunas aplicaciones prácticas de los principios hoy sentados, y entre tanto tiene el mayor placer en saludarle cordialmente su afmo. S. S. Q. S. M. B.

JOSÉ DE GUIASOLA.
